

FRANCIA: FRENTE PO

FRANCIA va a celebrar unas elecciones municipales en la segunda quincena de marzo; esta votación, relativamente interesante por ocurrir en el mismo año de las elecciones presidenciales —sus resultados podrán ser un presagio—, ha cobrado de pronto una importancia excepcional como consecuencia de la serie de acuerdos locales que han brotado entre el partido comunista y el partido socialista. Este tipo de coalición no se producía en Francia desde antes de la segunda guerra mundial; prácticamente desde el Frente Popular de León Blum. Desde aquella fecha puede decirse que los socialistas están considerados como el partido más anticomunista de Francia. Este acuerdo de ahora puede calificarse de histórico, a pesar de sus muchas limitaciones. Los órganos de propaganda de lo que se puede llamar «la derecha» vuelven a hablar, horrorizados, de un Frente Popular. El acuerdo no llega a eso, ni mucho menos. Por el momento. Hasta ahora no es más que un reflejo de defensa de los dos partidos más importantes de Francia, amenazados por un sistema electoral inventado por el poder para privarles de su influencia.

El partido gubernamental —el llamado U. N. R. o Unión por la Nueva República; en términos elementales, el partido degolista— ha ideado una fórmula electoral en dos turnos de votación sobre listas únicas que no podrán modificarse de ninguna forma. Hasta ahora las elecciones se desarrollaban de la siguiente forma: si en el primer turno ninguna lista obtenía la mayoría absoluta —la mitad más uno de los votos, como mínimo—, se celebraba un segundo turno, en el que resultaría vencedora la lista que obtuviese una mayoría relativa —es decir, mayor número de votos—; pero entre el primer y el segundo turno podían modificarse las listas de candidatos; de esta forma, partidos relativamente emparentados se favorecían mutuamente, retirando uno de ellos su candidatura para que el otro —el que en el turno anterior hubiese obtenido mayor número de votos— se beneficiara de este desistimiento y recogiera la votación total que correspondía a los dos. De esta forma se han visto en elecciones pasadas algunas alianzas locales, limitadas, entre socialistas y comunistas. Para evitar estas alianzas, el poder ha hecho aprobar la nueva ley electoral, que impide la modificación de las listas entre los dos escrutinios. Es decir, que las mismas listas de partidos o coaliciones que entrarán en juego el día 14 de marzo —fecha de la primera votación— deberán continuar en el segundo escrutinio del 21 de marzo en las ciudades de más de treinta mil habitantes. El grupo degolista esperaba así que el viejo reflejo de animadversión de los socialistas contra los comunistas, que ha destrozado la idea de la izquierda en Francia, les daría una victoria fácil.

La maniobra la ha roto el llamado Pacto Fuzier-Laurent (por el nombre de sus dos inventores, el periodista socialista Jacques Fuzier y el comunista Paul Laurent, antiguo dirigente de las juventudes comunistas, de cuarenta años uno y de treinta y nueve otro —las edades tienen una relativa importancia, porque significan la aportación de una cierta juventud para romper la esclerosis de sus mayores—). El Pacto ha comenzado en la zona de París y sus suburbios, en la zona del Sena; rápidamente este tipo de coaliciones se está extendiendo por provincias. Se trata por este pacto de que las coaliciones entre los dos partidos más grandes de Francia se presenten a partir del primer turno, adelantándose así a la maniobra que impedía la modificación de listas después del primer turno. De esta forma, las dos agrupaciones de izquierdas no sólo están ahora seguras de mantener todos sus Consejos Municipales del asalto degolista —en las barriadas anejas de París los comunistas ocupan la alcaldía de 31, los socialistas de 16, los afines 2, es decir, un total de 48 sobre 80—, sino que intentan ver si pueden conquistar otras nuevas. Al mismo tiempo se trata de realizar un trabajo en común y considerar las posibilidades de extender ese trabajo a otros terrenos más amplios. Incluso, según algu-

nos observadores, a la preparación mutua de las próximas elecciones presidenciales, fijadas para el 5 de diciembre próximo, para proveer el final del mandato legal del Presidente De Gaulle —que puede volverse a presentar, y es muy probable que lo haga—.

Frente a esta amenaza, la derecha clásica habla también de reagruparse en listas únicas. El senador Roger Duchet, «leader» del partido independiente —Centro Nacional de Independientes, que agrupa las clases burguesas, los comerciantes y los terratenientes, unidos principalmente por intereses de clase y por el anticomunismo: 28 representantes en la Asamblea—, ha escrito en su periódico —«France Indépendante»— que «los moderados tienen la obligación de aproximarse a la actual mayoría, incluso si sus aliados son poco cómodos». Duchet es uno de los peores enemigos de De Gaulle y del actual partido mayoritario. Al mismo tiempo, un editorial de los degolistas, en su periódico «La Nation», clama también por la unidad: «La elección que se ofrece a las formaciones políticas es, globalmente, la siguiente: o se unen al Frente Popular, tradición política que ha llevado a la ruina dos regímenes, o aceptan defender a descubierto la nueva república sin restricción mental».

De esta forma unas elecciones municipales en un país actualmente apolítico e indiferente, más preocupado de la técnica que de la doctrina, han levantado de pronto dos conceptos que muchos daban por superados, por arcaicos: la izquierda y la derecha. El intento de reagrupación de la derecha es escasamente interesante, porque gobierna desde 1947 con facilidad, y en el fondo sus desacuerdos son poco importantes, porque sus intereses básicos, sus intereses de clase, están defendidos. El renacimiento de la izquierda es un fenómeno de importancia considerable. Aparece en Francia a remolque de una serie de movimientos similares en Europa —Gran Bretaña, Italia— y amenaza con acabar con una situación creada artificialmente que estaba falseando el mapa político de Francia.

LA anulación de la izquierda fue producto en Francia de una hábil política de la derecha: el aislamiento del partido comunista. Las circunstancias políticas mundiales ayudaban a esa segregación: en plena guerra fría, inscrita firmemente Francia en el bloque occidental, el partido comunista aparecía como contrario a los intereses nacionales en unos momentos en que se pensaba que el país podía entrar en guerra contra el mundo comunista. Más que la actitud nacional de los comunistas durante la resistencia pesaba el recuerdo, bien explotado, del pacto germano-soviético. El partido socialista, en cambio, beneficiado de la inclusión en los grupos considerados como nacionales, podía compartir el poder. A condición de manifestarse como anticomunista y de realizar una política considerada entonces como patriótica. Los socialistas tuvieron un Presidente de la República, tuvieron varios jefes de Gobierno. Su viejo santón León Blum, en un tiempo jefe del Gobierno de Frente Popular, había declarado que los comunistas eran «nacionalistas extranjeros»; el secretario general del partido, Guy Mollet, pronunció una frase rápidamente reproducida, que iba a ser histórica: «Unos estamos a la izquierda, otros están a la derecha; los comunistas están al Este». A cambio de estas frases y de una actitud decidida y directa, el partido socialista tuvo el poder, y en el poder tuvo que hacer la política de la derecha: el socialista Naegelen condujo la guerra de Argelia como el más duro colonialista; el socialista Guy Mollet dirigió la expedición contra Suez. En el momento en que el partido comunista, que representaba cinco millones y medio de electores de un censo de veintiséis millones y medio (cifras de 1956), estaba segregado, la izquierda había perdido toda su tensión superficial. El

PULAR "DE BOLSILLO"

temor a ser considerado como comunista, pro-comunista, filo-comunista, cripto-comunista o cualquiera de los términos que entonces proliferaban, hacía que cada hombre de izquierdas renunciara a sus programas, a sus compromisos, a sus puntos de vista. Le forzaba, muchas veces en contra de sus intereses de clase o de sus ideologías, a buscar el pacto con la derecha. Recuerdo —fui testigo de ello— el momento en que un político que podría haber sido el renovador izquierdista de Francia, Pierre Mendes-France, solicitó de la Cámara su investidura como presidente del Consejo, anunciando que aunque los comunistas votasen a su favor, él descontaría del total el número de votos comunistas y sólo aceptaría el cargo en el caso de que «de los votos nacionales restantes quedase una mayoría absoluta a su favor». Mendes-France fue presidente del Consejo, pero su política de izquierdas estaba alineada y su carrera política aparece hoy como definitivamente rota.

LAS circunstancias de este año 1965 son esencialmente distintas. Hay dos variaciones radicales: la de la posición francesa y la evolución del comunismo, más una tercera circunstancia relativa a las dos anteriores, que es el final de la guerra fría. Francia ha dejado de estar incluida claramente en el mundo de Occidente: cada día ahonda más en su discrepancia con el país hegemónico occidental, los Estados Unidos —y con toda clase de coaliciones occidentales, como la NATO o la propuesta fuerza multilateral—, y cada día se acerca más a los países comunistas. En un momento en que De Gaulle reconoce a China, en que su ministro Peyrefitte viaja a Moscú —quizá como un prelude del viaje del propio De Gaulle— y se firman acuerdos comerciales y culturales franco-soviéticos; en un momento en que importantes delegaciones ministeriales de Rumania y de Hungría visitan París es muy difícil —aunque, naturalmente, no imposible— acusar al partido comunista francés de mantener esa misma política: enemistad hacia los Estados Unidos, amistad hacia los países del Este. Es más fácil acusar a De Gaulle de «marxista», como lo ha hecho recientemente en Dijon Tixier-Vignancourt, abogado de extrema derecha —defensor de la OAS—. Tixier —candidato también a la Presidencia de la República— mantiene que el general ha ahogado a todos los partidos políticos, con excepción del comunista, porque «De Gaulle es un marxista que quiere simplemente guardar a Francia un sitio en un eventual mundo comunista».

Al mismo tiempo, el comunismo post-staliniano ofrece unos perfiles más dialogables. La máscara trágica de la revolución tiene hoy otros aspectos. «El gran miedo del comunismo termina poco a poco —escribe el profesor Duverger en «Le Monde», 10-11 de enero—. Primero se despoja progresivamente del rostro que le había dado Stalin. Después, y sobre todo, pierde en Occidente su carácter revolucionario. En los años 50 los franceses temían que una colaboración con el comunismo les condujese a la democracia popular, preludio de una soviétización. Hoy, muchos están persuadidos de que ni la situación internacional de la Europa del Oeste ni su estructura interna permitirían tal cambio brusco. Se amplía la idea de que una revolución brutal no sería posible en naciones muy desarrolladas, sino solamente habría evoluciones progresivas. Oficialmente, el partido comunista francés sigue siendo revolucionario. Prácticamente su clientela lo es cada vez menos. (...) El partido comunista francés no podrá seguir siendo revolucionario, partidario de una transformación brutal de la sociedad, partidario de la dictadura del proletariado, mientras su clientela lo es cada vez menos. No hay hoy posibilidad de llevar a la clase obrera francesa a la idea de revolución: todo el movimiento de la sociedad tiene un impulso contrario. Será preciso, por lo tanto, que el partido comunista francés se transforme. De hecho, esta transformación ha comenzado ya. Tiende a poner fin al aislamiento de los

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

comunistas y, por tanto, a la parálisis de la izquierda y al dominio de la derecha».

Son sin duda estos factores los que han conducido al partido socialista francés a iniciar una colaboración moderada, más un factor que no se puede desconocer: su interés personal. El degolismo ha dejado de tentar a los socialistas, ha creado una ley electoral que les perjudica a ellos más que a los comunistas.

Pero no puede desconocerse la corriente de opinión de la extrema derecha frente a esta alianza y frente a las tesis del profesor Duverger. Está claramente expresada por un editorial de Robert Bony en «L'Aurore» (extrema derecha). «La unión "republicana y democrática" inventada por el comunismo habrá cumplido la misión que le ha sido encomendada. Dejará de ser «la izquierda y el comunismo», para ser el comunismo como representante único de la izquierda. Dejará de tratarse de un frente popular para ser un comunismo teledirigido por Moscú hacia la conquista del poder, a menos de que reciba la orden, si se realiza la aproximación (rusa) con Pekín, de mantener como lo desea China a De Gaulle a la cabeza de Francia hasta su último suspiro. En el día elegido, después de lavar el cerebro de la opinión, intentarán la conquista del Estado. Si lo consiguen, la dictadura del secretariado del partido se abatirá sobre nosotros. La libertad, nuestra razón de vida, desaparecerá. Mauricio Duverger y sus amigos no habrán probablemente querido eso. Sin embargo, serán los responsables». En este fragmento se puede observar la reaparición de las ideas clásicas y básicas del anticomunismo más la aparición del nuevo tópico de la extrema derecha francesa: la personificación de De Gaulle como defensor del marxismo comunista.

SIN embargo, llevar la situación política actual hasta el extremo de Frente Popular es irreal. Los socialistas han llegado a una cierta alianza con el comunismo por interés propio y porque las circunstancias exteriores y las interiores se lo toleraban: pero nada más. El nivel de alcaldías y de consejos comunales es fácil para la colaboración; no exige un programa común más que de orden técnico, y en ese aspecto socialistas y comunistas encuentran muchos puntos mutuos. Un Frente Popular, por el contrario, requiere puntos de vista comunes, acuerdos concretos sobre temas de política nacional e internacional en que comunistas y socialistas no están aún en terreno de entendimiento, aun cuando fuese cierta la evolución del comunismo francés que señala Duverger. Pueden estarlo cuando el socialismo evolucione también y se acerque más a los campos doctrinales de su fundación. No olvidemos que una de las razones de privación de sentido del socialismo —me refiero concretamente a los partidos socialistas clásicos— ha sido precisamente la expansión de su ideología básica. Hay una proliferación de socialismos en el mundo que se contradicen entre sí. Es muy raro el Estado actual que no inscriba en sus programas algo tomado del socialismo. Para que los partidos considerados como tales restablezcan su personalidad, parece necesario una recuperación de su propia esencia. Si hay o no posibilidad de una base de acuerdos entre el partido socialista francés y el partido comunista es algo que depende de la evolución conjunta de los dos, y los acuerdos locales de las elecciones de marzo pueden dar solamente una idea de ello; pero parece muy pronto de aquí al cinco de diciembre, fecha de las elecciones presidenciales francesas, para que dicho tipo de acuerdos locales y reducidos alcance una categoría política de Frente Popular.